

De la desesperanza de la vejez delincuente a la espera por una clínica actual para el adulto maduro

Da desesperança da velhice delinquente à espera de uma clínica atual para o adulto maduro

Por Adriana May de Mendonça¹

ARK-CAICYT: <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23626542/06qu74akc>

Resumen

En este texto, se plantea una reflexión sobre el desvalimiento psicosocial al que se ve relegado el individuo que envejece en el proceso contemporáneo de longevidad, inédito: ¡nunca tanta gente ha vivido tanto y en tan buenas condiciones orgánicas y psíquicas! Sin embargo, el prejuicio asociado a la incapacidad y a la incompetencia que se atribuyen al envejecimiento sigue vigente en la posmodernidad. En este artículo, se abordará la cuestión de la necesidad urgente de que la sociedad actual y, sobre todo, el psicoanálisis se adapten y amplíen sus conocimientos para absorber adecuadamente esta innovadora etapa vital con vistas a evitar que los adultos maduros desarrollen comportamientos de lo que denominamos vejez delincuente, que se han observado en el ámbito mundial, como forma de supervivencia.

Palabras clave: desvalimiento psicosocial, longevidad, adultos maduros, vejez delincuente.

Abstract

¹ Psicóloga e Psicanalista. Membro efetivo do CEPdePA. Membro da Federação Latinoamericana de Psicoterapia Psicanalítica e Psicanálise- FLAPPSIP Fundadora e Diretora da Gradiva - Grupo Atlântico de Psicoterapia Psicanalítica- GGAPP. Coordenadora e Docente do Instituto Percurso de Formação Psicanalítica de Manaus/AM E-mail adriana.may.mendonca@hotmail.com

In this text a reflection is proposed on the psychosocial helplessness to which the aging individual is relegated in the process of unprecedented contemporary longevity: never have so many lived so long and in such good physical and psychic condition. However, prejudice linked to disability and incompetence related to aging still persist in postmodernity. In this article, we address the urgent need for current society and, above all, psychoanalysis to adapt and expand its knowledge to adequately absorb this innovative crucial stage in order to prevent mature adults from developing behavior related with the so called geriatric delinquency and that have been observed worldwide as a way of survival.

Keywords: psychosocial helplessness, longevity, mature adults, geriatric delinquency.

Resumo

Neste texto, é proposta uma reflexão sobre o desvalimento psicossocial ao que fica relegado o indivíduo que envelhece no processo contemporâneo de longevidade, inédito: nunca tantos viveram tanto e em tão boas condições orgânicas e psíquicas! Entretanto, o preconceito ligado à incapacidade e à incompetência atribuídas ao envelhecer ainda persiste na pós-modernidade. Neste artigo, será abordada a questão da necessidade urgente de que a sociedade atual e, principalmente, a psicanálise se adaptem e ampliem o seus conhecimentos para absorver adequadamente esta inovadora etapa vital com vistas a evitar que os adultos maduros desenvolvam comportamentos que denominamos de velhice delinvente e que vêm sendo observados mundialmente como forma de sobrevivência.

Palavras-chave: desvalimento psicossocial, longevidade, adultos maduros, velhice delinvente.

“Como se muere de vejez
o de accidente o de dolencia,

muerdo, Señor, de indiferencia.

De la indiferencia de este mundo

donde lo que se siente y lo que se piensa

no tiene eco, en la ausencia inmensa.

En la ausencia, arena movediza

en la que se escribe igual sentencia

para el vencido y para el que venza.

Sálvame, Señor, del horizonte

sin estímulo o recompensa

donde el amor equivale a la ofensa.

De boca amarga y de alma triste

siento mi propia presencia

en un cielo de locura suspendida.

(Ya no se muere de vejez

ni de accidente ni de dolencia,

sino, Señor, solo de indiferencia.)”

Busco en la poesía de Cecília Meireles palabras que ayuden a los lectores a sensibilizarse sobre el tema de la indiferencia como causa de la vejez delincuente, pues, parafraseando a Freud, también por donde yo camino, antes ha pasado un poeta...

La complejidad de este tema es imponderable y colaborar para este número de *Desvalimiento Psicosocial* me da la oportunidad de reflexionar sobre un trabajo que llevo a cabo desde hace más de un cuarto de siglo.

“Hoy, como siempre, la cuestión práctica reside en saber cómo puede mantenerse un medio que sea lo suficientemente humano, y lo suficientemente fuerte, como para contener tanto a los que brindan asistencia cuanto a los deprivados y delincuentes, quienes, pese a necesitar desesperadamente cuidado y contención, hacen cuanto está en sus manos para acabar con ello cuando lo tienen.” Estas reflexiones de Clare Winnicott (1990, p. 8), que forman parte de la introducción al libro de Winnicott *Deprivación y Delincuencia* (1990), me parecen adecuadas para iniciar mi diálogo con los lectores.

Sabemos cuán necesario es un ambiente seguro y estable desde la infancia para que el individuo se desarrolle adecuadamente. Winnicott nos advirtió con respecto a que el bebé es un ser frágil y que la tarea de la madre consistiría en mantenerlo protegido de una angustia impensable que correspondería a la locura misma. Esa angustia impensable puede ser el síntoma de algo más profundo, el miedo instintivo a la muerte, del cual Winnicott no habla, pero que afecta a todos los seres vivos.

La dependencia absoluta de los primeros meses de vida deberá ser sustentada por la madre hasta que el bebé evolucione hacia el estadio de dependencia relativa y logre sobrevivir al alejamiento de la madre gracias a la experiencia exitosa de su retorno. El hogar primario deberá ser un ambiente lo suficientemente bueno, adaptado a las necesidades del niño; un ambiente que le posibilite, por medio de gestos espontáneos, constituirse creativamente y, así, sentar los cimientos de su salud mental y de su vivir creativo e independiente.

Observar a los niños fue primordial desde el principio del psicoanálisis, cuando Freud concluyó que las manifestaciones de la conducta adulta tienen raíces en las vivencias infantiles.

Sin embargo, Melanie Klein, al crear su método para analizar la infancia —ciertamente, una evolución—, fue muy cuestionada, lo que resultó en una crisis y escisión de la institución psicoanalítica. Posteriormente, no obstante, otros analistas ampliaron la teoría y técnica kleinianas a fin de atender a los adolescentes y adultos.

Ante lo expuesto, surge la interrogante: ¿serían esas fases vitales, aun cuando los enfrentan a graves cuadros patológicos, más soportables para los psicoanalistas que el mirar, escuchar y pensar la vejez?

Freud creó el psicoanálisis indicando que era adecuado para individuos de hasta 50 años, pues los mayores no tendrían condiciones de plasticidad ni tiempo de vida... para beneficiarse del análisis.

¿Acaso Freud, en su autoanálisis interminable, desde los 40 años hasta su muerte, no se dio cuenta de que era el primer paciente envejeciente del psicoanálisis?

¿Esa visión PREJUDICIOSA persiste? ¿Los adultos mayores no tendrían un futuro que justifique esa inversión? ¿Envejecer situaría al adulto maduro solo entre la espera y la desesperación... de la temporalidad, la finitud y la muerte?

¿Por qué el psicoanálisis desvía su mirada y ensordece su escucha al envejecimiento humano? ¿Envejecer sería un punto ciego de los analistas? ¿Sería el temor a la finitud y a la muerte la causa que incitaría en los psicoanalistas una actitud de “no pensar” el desarrollo humano en el período de la madurez? ¿De “no notar” y negar la dinámica diferenciada de esa nueva etapa de la vida? ¿A los “ancianos de 50 años” solo restaría la espera angustiada y la desesperación por la involución, por la senilidad?

¿Pero acaso el inconsciente no es atemporal? ¿Los contenidos oníricos de los sueños, en los sujetos senescentes, serían menos valiosos y/o inadecuados para el trabajo psicoterapéutico? ¿La evolución de la longevidad, la persistencia de la vitalidad, la rectangularización de la vida no son reconocidas? ¿Entendemos que la libido no envejece?

En la actualidad, no podemos continuar con la visión anticuada y prejuiciosa de un falso *Empobrecimiento Psíquico* de los adultos maduros. Tenemos que entender el envejecer como un seguir *siendo y haciendo* en nuestra comunidad. De lo contrario, estaríamos sometiendo esa etapa del desarrollo humano a la privación intelectual debido a la deficiencia de nuestra teoría y técnica psicoanalítica.

Freud creó, en mi opinión, el Psicoanálisis del Adulto Joven, brillantemente caracterizado por las etapas pregenital y genital y otras preciosas conceptualizaciones. Pero dejó la puerta entreabierta en su sensible texto “La transitoriedad” y en su referencia a las tragedias del griego Sófocles, *Edipo Rey* y *Edipo en Colono*, que utilizó en un recorte ejemplar para conceptualizar el complejo de Edipo. Así, podemos seguir los pasos freudianos y ampliar el conocimiento psicoanalítico acompañando al héroe Edipo desde su nacimiento hasta su muerte. Y responder al enigma de la temida Esfinge abriendo las puertas de nuestra tebas psicoanalítica a los niños, adolescentes, jóvenes, adultos y adultos maduros, incluyendo, finalmente, la transitoriedad humana. ¡Al fin el Psicoanálisis abarcando todo el ciclo vital humano!

Esa “negación” a integrar el envejecimiento de la adultez madura como una nueva etapa del desarrollo humano refleja una sociedad que no está preparada para acoger a esa inmensa población mundial que sufre debido a la privación y a la falta de espacio social. ¿O la privación y la deprivación y sus vicisitudes, abordadas por Winnicott en “La agresión y sus raíces” (1939) se accionarían y movilizarían solo en la infancia temprana y se desarrollarían en las primeras fases de la vida?

Hablaré, entonces, sobre privación y delincuencia en la vejez, una circunstancia que se sitúa entre la espera y la desesperación. Verificamos que muchos adultos maduros enfrentan el envejecimiento con recursos para dar continuidad a su desarrollo emocional en un ambiente adecuado a sus necesidades.

“Cuando existen esperanzas con respecto a las cosas interiores, la vida instintiva es activa, y el individuo puede disfrutar del uso de sus impulsos instintivos, incluyendo los agresivos,

para reparar en la vida real lo que ha dañado en la fantasía” (Winnicott, 1990, p. 60). Ese proceder es, para Winnicott, la base del jugar y del trabajo.

Sin embargo, les propongo que pensemos en los adultos mayores que se desestructuran en ese proceso, retrocediendo de la independencia a la dependencia relativa o hasta absoluta. ¡Oímos hablar, entonces, del fenómeno mundial de la vejez delincuente!

¿Qué desamparo, qué angustia y miedo pasan a sentir los adultos mayores frente a un ambiente que no reconoce sus necesidades? Citando una vez más a Winnicott, (1990, p. 57): “El amor y el odio constituyen los dos principales elementos a partir de los cuales se elaboran todos los asuntos humanos. Tanto el amor como el odio implican agresión. La agresión, por otro lado, puede ser un síntoma del miedo.”

Por lo tanto, siguiendo el pensamiento de Winnicott (1990, p. 57): “Todo el bien y el mal que se pueden encontrar en el mundo de las relaciones humanas ha de encontrarse en el corazón del ser humano”. Y Winnicott afirma, además, que el amor y el odio se experimentan con igual intensidad en el niño y en el adulto, pero observa que, de las tendencias humanas, la agresividad está “oculta, disfrazada, desviada”, por lo cual es “difícil rastrear sus orígenes” (1990, p. 57). Refiere que la energía reprimida se vuelve potencialmente peligrosa para “el individuo y la comunidad” (1990, p. 57). Y agrega que el viejo como el niño quiere sentirse amado, pero ambos son impotentes para lograrlo y deberán obtener un apoyo externo para ser dignos de amor. Winnicott, al señalar como idéntica la necesidad amorosa del niño y del viejo, nos posibilita investigar esa última etapa de la vida a partir de su pensar.

Para entender al individuo envejeciente en sus dificultades ante el dilema de la incomprensión y del prejuicio contra el envejecimiento, debemos develar sus fantasías inconscientes para, así, poder encontrar el origen de la agresividad generada por su sentimiento de irremediable desesperación que se constituye en la causa indirecta de su actitud delincuente.

“El odio o la frustración ambiental despierta reacciones manejables o inmanejables en el individuo, de acuerdo con la cantidad de tensión que ya existe en su fantasía inconsciente personal” (1990, p. 61). Esta observación de Winnicott debe servir de alerta con respecto a las modificaciones ambientales y físicas a las cuales el adulto maduro se ve sometido al envejecer, así como a sus causas y consecuencias.

Cuando el envejecimiento lo enfrenta a la pérdida de la valoración social, económica, afectiva y familiar, además de a las pérdidas físicas, el adulto mayor, en esa vivencia de privación, deja trasparecer su odio hacia el ambiente y a movilizarse para destruirlo mágicamente. Afirma Winnicott (1990, p. 60): “Cuando las fuerzas crueles o destructivas amenazan con predominar sobre las amorosas, el individuo debe hacer algo para salvarse; y una de las cosas que hace es volcarse hacia afuera, dramatizar el mundo interior, actuar el papel destructivo mismo y conseguir que alguna autoridad externa ejerza el control”.

Al afirmar eso, Winnicott está enfatizando que el individuo aun tiene esperanza de que el ambiente le corresponda. Sin embargo, advierte: “El control puede de este modo establecerse en la fantasía dramatizada sin ahogar en exceso los instintos, mientras que la otra posibilidad, el control interior, debería aplicarse en forma general y el resultado sería un estado de cosas conocido clínicamente como depresión” (1990, p. 60). Se trata de un cuadro bastante evidente en el envejecimiento.

En la privación de la vejez, el ambiente “suficientemente bueno” creado, construido y mantenido a lo largo de una vida, de repente se revela destructible, cuando figuras importantes desaparecen o cuando no se reciben, durante un tiempo prolongado, las respuestas emocionales del ambiente en virtud de las pérdidas naturales del envejecimiento: jubilación, nido vacío, etc... La razón por la cual la privación tiene un efecto tan devastador es que acaba con la ilusión de un ambiente en el que la seguridad sería permanente, lo que posibilitaría mantener la ilusión de inmortalidad.

En el envejecimiento, pueden ocurrir vivencias de privación cuando todo lo que el individuo construyó se derrumba y la confianza se transforma en descreimiento; el ambiente

conocido se convierte en un mundo extranjero, causando el desmoronamiento de la sensación de seguridad y generando angustia y desesperación.

Surgen así, la extrañeza, el desvalimiento, la indiferencia y la desinvestidura frente a la soledad, el abandono, lo desconocido y el temido retorno de la dependencia absoluta.

La complejidad del ser humano lo lleva a vivir en un ambiente paradójico: durante toda la vida conviven amor y odio, satisfacciones y privaciones, hambre y saciedad, calma y excitación, sueño y vigilia, placer y displacer... ninguno de esos fenómenos persiste al otro por tiempo indeterminado. La persistencia indefinida de un estado llevaría al individuo a la muerte.

Y, a pesar de que nacemos sin límites, según la teoría freudiana, esos se irán introduciendo a lo largo de la vida, llevando a la sumisión, al ceder en el deseo del espacio absoluto en aras de la coexistencia con el otro. Recién entonces se empieza a vincular y a reconocer la importancia del límite, pues *yo soy solo en el espacio en el que el otro no es*.

Los límites, durante el desarrollo, se transforman en leyes creadas para regular desde fuera lo que no logramos regular internamente. Esas leyes son necesarias para posibilitar la vida en grupo y para tomar como referencia otros seres humanos que pasan a ser hitos para nuestra existencia. Sin leyes, estaríamos condenados a la transgresión y la soledad, a un vivir sin humanidades.

¿Pero qué sucede cuando esas referencias y gran parte de esos hitos dejan de existir? Un suceso habitual durante el envejecimiento... ¿Cuáles podrían ser las consecuencias?

El individuo envejeciente pierde su mundo y teme perder su Yo, su SER. Siente que se sumerge en un mundo catastrófico y amedrentador. La angustia impensable y el miedo al colapso, ahora frente a la finitud, resurgen.

En la vejez, el miedo al envejecimiento y a la muerte es tanto más devastador cuanto menor haya sido la experiencia de integración del YO durante el desarrollo y, probablemente, la experiencia del colapso ya se haya vivido antes.

¿Serían esas las causas de la deprivación en la vejez?

Como tras la pérdida de su narcisismo primario no existe un yo solo, el adulto mayor busca llamar la atención del otro de todas las maneras posibles, pudiendo incluso involucrarse en situaciones extremas, absurdas y de alto riesgo. Lo hace a modo de pedido de socorro.

La longevidad, un avance de la humanidad evidenciado a partir del siglo pasado, nos enfrenta a un grave problema mundial: la vejez delincuente; esta surge en una sociedad que no ha creado un espacio adecuado y sano para el ser envejeciente.

La deprivación en la vejez es la probable causa de la alta incidencia de adultos maduros delincuentes en la actualidad. Se trata de un hecho que preocupa a las autoridades mundiales en las últimas décadas, pues el sistema carcelario de países como Alemania y Japón necesitó adaptarse para atender a un aumento significativo de personas envejecientes condenadas, que constituyen alrededor del 20% de la población carcelaria mundial. Enfrentando esa nueva realidad, esos países han construido cárceles especiales y han contratado a equipos técnicos especializados para albergar y cuidar a esos individuos que han transgredido la ley.

Se trata de hombres y mujeres envejecientes que practican delitos, desde pequeños hurtos hasta robos a bancos, secuestros y homicidios y que encuentran en los presidios un grupo de pertenencia, cuidados apropiados a su estado físico, alimentación sana y atención.

Se verifica también una alta reincidencia, pues la mayoría de esos adultos maduros, tras la libertad, vuelven a delinquir y son nuevamente juzgados y encarcelados. Los motiva el encontrar en la cárcel un ambiente acogedor, más adaptado a sus necesidades en esta etapa de la vida. Esperando un espacio adecuado al envejecimiento, llegan a la desesperación de optar por la prisión.

Estas son, entonces, mis últimas reflexiones: ¿los viejos delincuentes luchan contra la catástrofe definitiva? ¿El miedo al colapso los hace actuar delictivamente? ¿Entre la espera y la desesperación se enfrentan a la deprivación insoportable? ¿Actuando delictivamente

escapan al tedio, al aislamiento, al abandono, a la soledad y a la miseria? ¿Huyen de la depresión y del elevado índice de suicidio que amenaza al individuo envejeciente?

Creo que, cometiendo actos delictivos, esa vejez delincuente reacciona manifestando las raíces de su agresividad. Y, desesperadamente, expresan, por medio del crimen, un gesto espontáneo y creativo en la esperanza de que el ambiente los proteja de la desintegración. Ciertamente, en nuestro pensar analítico y en nuestra clínica actual, no podemos permanecer indiferentes a esa nueva etapa de vida que denomino ADULTEZ MADURA ni al *periodo posgenital* característico de dicha fase.

Necesitamos urgentemente ampliar nuestro conocimiento sobre el envejecimiento humano, pues negarlo genera sufrimiento, aumento de la criminalidad y, en consecuencia, un sinnúmero de problemas sociales.

Como mi querido y admirable colega José Outeiral me enseñó, no debo albergar la expectativa de ofrecer respuestas abarcadoras para solucionar problemas, sino la de compartir mis preocupaciones con el lector.

Siendo así, insto a los caros lectores a reflexionar más sobre las causas y consecuencias de la privación en la vejez. Debemos buscar entender a los nuevos adultos maduros que se enfrentan con esta novedad que es la longevidad: ¡nunca tanta gente ha vivido tanto! Los adultos maduros están iniciando un vivir sin modelos identificatorios y cercenados por el prejuicio que pesa sobre la vejez.

El Psicoanálisis necesita pensar esa nueva etapa vital y reflexionar sobre la falla ambiental en una sociedad inhóspita para acoger un índice tan elevado de adultos mayores que, ansiosamente, aguardan, entre la espera y la desesperación, por un gesto espontáneo de nuestra parte que posibilite el encuentro con los recursos teóricos y técnicos adecuados de la clínica psicoanalítica para estos tiempos de *adulthood maduro* innovadora.

Referência

Winnicott, D. (1990). *Deprivación y delincuencia*. (1ª ed.) Compilado por Clare Winnicott, Ray Shepherd y Madeleine Davis. Traducido por Leandro Wolfson y Noemí Rosenblatt. Buenos Aires: Paidós. (Psicología profunda)